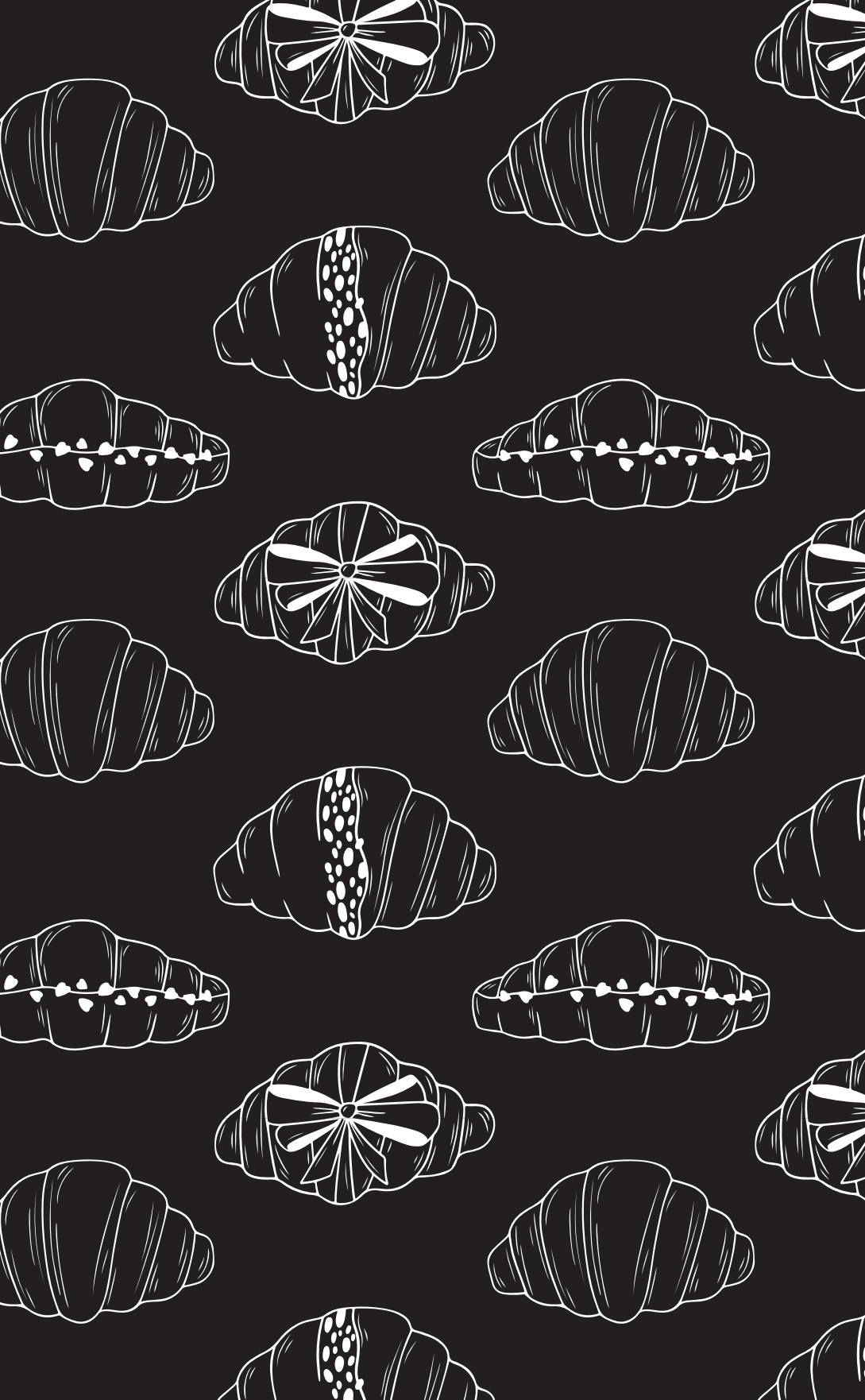


LA CONFITERÍA DE MADAME BOMBÓN

LA CONFITERÍA DE MADAME BOMBÓN

SONIA ARIAS DE LA CRUZ

Durii

A mi madre, Luisa, y a mi padre, Javi, por
crear mis manos para escribir historias.

A mi hermana Aly, con quien una vez fui una sola célula,
por leer con entusiasmo este manuscrito; a mi hermano
Alberto, que llegó para sacudir y completar el círculo.

A José, por darle viento a mis alas fijas. A Sofía
y a Emma, dos «pequeñas grandes revoluciones»
que me dan la fuerza necesaria.

A mi abuela, porque aún no sé de qué color es el miedo.

Y a todos los familiares, amigas y amigos que os
habéis ilusionado con esta nueva aventura tanto como
yo. Brindaremos, bailaremos y reiremos juntos.

Si supieras las noches que te he llorado, Felipe. Creo que todas las noches te he llorado, al menos un rato. Y como decía mi abuela, si te llego a tener delante ahora mismo, ay, si te llego a tener delante, Felipe: Te cojo y te escamocho por lo que me hiciste.

Capítulo 1

Tras la barra con el pie de madera de caoba y la encimera brillante, aunque arañada por la loza de los platitos blancos, está ella, imponente, con una sonrisa fija y la lengua suelta. Tiene las manos apoyadas en las caderas, unas caderas tan amplias como su pecho. Desde la distancia, su silueta parece un cántaro con dos asas. Está atenta a las palabras de su interlocutor. Cuando él termina de hablar, ella suelta una gran carcajada y da un golpe en la encimera con el trapo de secar los vasos. Siempre igual, siempre de la misma manera escandalosa. Una vez más, todos se giran para saber de dónde viene el estruendo, se sobresaltan como la primera vez. Así es ella, Madame Bombón, que si calla, ríe y si no ríe, habla. Como un sonido perpetuo.

A Madame Bombón apenas se la ve tras el mostrador de caoba. Su pelo, negro como el azabache y recogido en un moño, le regala unos centímetros más a su cuerpo que, tan ancho como alto, se mueve ágil entre sillas y clientes.

Sus manos, pequeñas y acolchadas, huelen a pan y con ellas amasa los dulces más ricos de la ciudad. Madame Bombón les canta y los bollos, según dice, lo agradecen así, hinchándose de orgullo. Por eso son más esponjosos.

Madame Bombón en realidad se llama Leocadia y es natural de un pequeño pueblo de La Mancha profunda, con fachadas encaladas y rodapiés azul añil. Donde la campana de la iglesia

toca a tránsito cuando hay muerto y ningún secreto escapa a los demás. Donde se conocen unos a otros, los amoríos secretos se cuentan en susurros y las rencillas pasan de generación en generación. Donde se ahonda tanto en el mal ajeno que se sabe más del vecino que de uno mismo.

En el pueblo de Leocadia, los veranos son secos y calurosos, el polvo de la tierra se pega a los labios y el calor sofocante enrojece las mejillas. En las tardes infernales reina un silencio que solo se rompe con el zumbido de las moscas. Hace mucho tiempo que Leocadia dejó atrás todo aquello para mudarse a la ciudad y labrarse un futuro que se auguraba mejor pero no por ello más fácil.

Dicharachera y risueña, Leocadia extraña el sol ardiente reflejándose en las paredes blancas y el sonido de las cigarras en las noches de verano. Aunque, de todas las cosas del mundo, lo que Madame Bombón adora por encima de todo no es ningún sonido de su infancia, ni el tañido de las campanas, ni a las vecinas hablando bajo el quicio de la ventana. El pueblo quedó atrás, ya apenas le pertenece. Ni el frío del invierno ni el amarillo de los campos son ya suyos. Ya no es de allí, porque lo que más adora ahora es escuchar un sonido que sí le pertenece, que es de verdad el suyo, el sonido de la confitería: el tintineo de las cucharillas al remover el café, el del azúcar disolviéndose, las risas de los clientes y los suspiros de gusto al saborear los dulces. Y de todos ellos, su sonido favorito es el crujido del hojaldre roto por los dientes. Sonríe al ver a los clientes, —sus parroquianos— recoger el azúcar glas con el dedo índice y llevárselo a la boca. Lo hacen en un gesto automático, inconsciente, por no dejar ni un resto sobre el mármol blanco de la mesa.

Madame Bombón se mueve con la presteza de una serpiente que recorre cada palmo del suelo una y otra vez a lo largo del día.

—Lo que yo te digo, querida, que las mujeres no necesitamos a un hombre para desenvolvernos en la vida. Mírame a mí, ¿tú crees que yo habría conseguido todo esto si tuviera a mi Felipe aquí?

—Pues claro que sí, pero mejor. Él estaría aquí sirviendo mesas y tú criando niños tranquilamente —dice Elvira mientras se suena la nariz con un pañuelo blanco de tela.

—Ay, querida, ¡qué equivocada estás! Si mi Felipe estuviera aquí, no haría sino estorbar y consultarme todo a mí. Que si dónde están los vasos, el azúcar, las cucharillas… ¿O cómo estás tú con tu Clemente? —Elvira se encoge de hombros—. Así que estaría liada con los críos, con el marido, la casa y además, con la confitería.

A lo lejos, don Marcial reclama su copita. Madame Bombón le indica con una seña que le ha escuchado.

—Pues eso, querida, que Dios lo tenga en su gloria a mi Felipe —concluye mientras se santigua—, pero las cosas como son, yo estaría más atareada aún. ¡Lucita, hija, lleva la copa de anís a don Marcial!

Lucita es la hija que Madame Bombón nunca tuvo. La hija que encontró en la calle una noche de lluvia, al cerrar la confitería. La niña lloraba mientras intentaba resguardarse bajo el toldo de la fachada. Debía de tener unos ocho años, quizás diez o tal vez seis cuando la acogió, nunca lo supo a ciencia cierta. A Lucita no le gusta amasar ni hornear los dulces con su madre, y tampoco comérselos, porque a Lucita lo que realmente le gusta es el pulpo. En su memoria de infancia Lucita se recuerda junto a su abuelo comiéndolo a menudo, pero desde que apareció en esta ciudad

tan diferente a su lugar de origen ni lo ha visto ni lo ha olido. Con frecuencia intenta convencer a Madame Bombón para que sirva una tapa de pulpo junto a las napolitanas, la tarta de chocolate o los cafés con leche; a lo que ella, con un movimiento de cabeza exagerado, se niega una y otra vez.

Lucita ya tiene veinte años, o veintitrés o diecisiete, nadie lo sabe. Mientras limpia la encimera con rapidez su mirada se dirige cada pocos segundos hacia la entrada, a la espera de la aparición espectacular de Pablo para entregar el pedido de café. Un café negro, espeso, casi masticable.

Lucita mira a la calle a través de la puerta de cristal con molduras doradas de la entrada mientras escucha los reclamos de su madre de forma lejana, como en un sueño. Ha aprendido a desconectarse del mundo real e ignorar las órdenes de Madame Bombón.

—Hay que ver, don Marcial, no sé qué voy a hacer con esta chica. —Él asiente dándole la razón—. Aquí tiene su copita de anís, que vaya prisa lleva usted hoy.

—Juventud, divino tesoro, dicen por ahí —afirma don Marcial comprensivo—. Tengo que ir lo antes posible a la consulta de mi buen amigo el odontólogo para que revise mi férula dental. Esta mañana tuve un percance. La dejé en la mesita de noche y al coger las gafas cuando me desperté, la tiré al suelo sin querer. Y ya sabe usted que la necesito para dormir. En mi caso, es una cuestión de vida o muerte.

—Vaya por Dios, don Marcial. Pues, ale, tómese su copita y marche pronto, no vaya a ser que esté toda la noche en vela si su amigo no le arregla el cacharro ese. Capaz es usted de estar despierto hasta el amanecer.

—¿Y ha sido mucho el destrozo, don Marcial? —pregunta la Francesita desde su mesa en el rincón de la sala.

—Lo suficiente como para partirse en dos.

—¡Oh, *monsieur*! Qué mala suerte, pero seguro que tiene arreglo. —Le sonríe con esa boca de color fresa y sus dientes perlados.

—Todo lo tiene en esta vida. —Bebe de un solo trago el anís, que le calienta la garganta, mientras deja unas monedas sobre la mesita redonda de mármol, siempre una de más para Lucita—. Hasta mañana, señoritas.

—Suerte, *monsieur*. Póngame una copita de champán, *madame*.

—Ahora mismo, señorita.

En la confitería solo hay una botella de champán que se reserva para ocasiones especiales. El líquido que se le sirve a la Francesita es una sidra bastante aceptable en una botella que Madame Bombón envuelve con esmero en papel dorado. La Francesita se la bebe sin rechistar, a pequeños sorbos. Con los ojos llenos de melancolía y atentos a las burbujas que estallan dentro de la copa con forma de tulipa.

—Madame Bombón, hoy he recibido carta. Mi amor me dice que me echa de menos y que no hay día en el que no piense en mí y en los besos que nos dimos en la *Tour Eiffel*. Pobre, qué fatalidad. —La Francesita apoya la barbilla en la palma de la mano y suspira con tristeza.

—¡Ay, las cartas! —exclama Madame Bombón—. ¿Le he contado alguna vez que yo aprendí a escribir y a leer para poder entender las cartas que me enviaba mi Felipe? —La Francesita niega con la cabeza—. Y a contestar, claro, aunque en eso me tenía que ayudar mi vecina, que sabía más que yo. Las cartas que me

escribía vivo, quiero decir. Yo nunca recibí nada del otro mundo como usted, ni lo quiero. Los vivos con los vivos y los muertos con los muertos. —Madame Bombón se persigna.

—¿No aprendió a leer y escribir en la escuela? —pregunta la Francesita ignorando el último comentario.

—Uy, la escuela. Solo fui un año, después me tocó trabajar en el campo y servir cuando ya era una moza, como decía mi madre. Eran otros tiempos, muy difíciles. Muy muy difíciles.

—En mi casa todos fuimos a la escuela. Mis padres y mis abuelos también, todos con estudios superiores —cuenta la Francesita, y Madame Bombón sonríe—. Pero de qué me ha servido eso… —atrapa una gota de sidra que resbala en el vidrio de la copa mientras vuelve a sus recuerdos—…, estábamos felices, vivíamos un amor precioso y, de pronto, ¡pum! Se va de este mundo, así, de la forma más cruel y más inesperada.

—Así es la muerte, señorita —dice con voz suave Madame Bombón—, inesperada casi siempre. Intente no estar triste. Piense en lo felices que fueron en París. Y usted, tan joven, pronto encontrará quien la ame, seguro que sí. Y si no, no es el fin del mundo. ¡Míreme a mí! Aunque me falte mi Felipe, yo sé que está conmigo y los recuerdos son los que me dan la fuerza para seguir. —La Francesita apenas tiene que levantar la cabeza para mirar a los ojos a Madame Bombón y mostrarle una sonrisa triste—. No necesita a nadie que le regale la felicidad, búsquela dentro de usted.

—Gracias, *madame*, pero es que ni siquiera pude despedirme. Solo me quedan las cartas.

—Con el tiempo aprenderá a convivir con esta ausencia, ya lo verá.

—¿Cómo son las noches en soledad, Madame Bombón? —Ambas se quedan en silencio unos instantes.

—Las noches son más largas de lo que deberían, pero, aunque ahora le parezca imposible, la calma llegará. Ay, si yo le contara las cosas que hacía cuando mi Felipe faltó.

La Francesita se levanta de la silla y deja unas monedas sobre la mesa.

—Paciencia, hasta lo malo pasa, señorita.

—Hay que ver qué cielo tan gris tenemos hoy, *madame* —se despide mientras mira la calle más allá del cristal de la puerta de entrada.

***

Don Marcial ya ha regresado a casa, viste sus zapatillas de paño y su pijama abotonado azul celeste; el tono vivo de la parte de arriba está algo gastado por el uso y el paso de los años. Fue el último pijama que usó su abuelo. No era ni especial ni diferente, era como la mayoría de los pijamas masculinos, pero él es capaz de sentir el abrazo de su abuelo cada vez que la tela roza su piel. Don Marcial ya ha vivido más años que él. Se pone su bata vieja de cuadros para protegerse del frío y se sienta en el sillón, también de cuadros, con el rostro tenso.

Su amigo el odontólogo ha reparado su férula, pero al observarla con lupa y bajo la luz blanca del flexo que utiliza para alumbrar sus maquetas de barcos, don Marcial detecta una fisura, apenas un puntito, tan grande como el diámetro de la punta de un alfiler, pero suficiente para que sus mayores miedos afloren. No puede arriesgarse a que las palabras se le escapen.

La noche pasa lenta, entre crucigramas, lecturas y maquetas de barcos. Don Marcial nunca ha visto el mar más allá de las fotografías, pero desde su niñez ha soñado con ser capitán de un pequeño velero. Un velero blanco, con la madera del casco bien tratada, impoluta, brillante. Sin embargo, la vida le llevó por el camino de los números y la contabilidad, y cada noche se repite a sí mismo que algún día respirará el salitre del mar y paseará entre barcos hasta ser capaz de navegar en su soñado velero blanco.